

En la mañana del 6 de marzo, el Presidente de los Estados Unidos, invocando ante las cámaras de televisión el Taft-Hartley Act, exigía la vuelta obligatoria al trabajo de los mineros del carbón que llevaban catorce semanas de huelga para respaldar la negociación de un nuevo convenio colectivo que habrá de sustituir al que expiró a fines del pasado año.

La huelga había adquirido caracteres dramáticos durante el mes de febrero, cuando las reservas de carbón de las centrales eléctricas que suplen a la mayoría de los Estados del "Mid West" se quedaron prácticamente agotadas a causa de uno de los peores inviernos del siglo. Restricciones energéticas y despidos ("lay-off") que pueden dejar sin trabajo a miles de obreros de la industria en esta zona de la Unión estaban ya produciéndose y amenazaban con tomar carácter masivo.

Cuando la huelga comenzó en diciembre nadie parecía tomar en serio las amenazas de los mineros de no volver al trabajo hasta la completa satisfacción de sus reivindicaciones. Las patronales confiaban en rendir por hambre a los huelguistas y reducir así sus exigencias para el nuevo contrato. Las compañías eléctricas, pertrechadas tras abundantes reservas de carbón, esperaban un invierno más benigno y confiaban en las habituales corruptelas de los líderes sindicales, domesticados y buenos amigos de las corporaciones de turno. Todas las previsiones se vinieron abajo ante la paciente solidaridad de los huelguistas que contaban con la colaboración de los rigores invernales.

A mediados de febrero la Administración decide intervenir presionando para que se firme el convenio; al mismo tiempo, se desata una cada vez más abierta campaña en los poderosos "media" norteamericanos, presentando a los trabajadores del carbón como responsables del colapso económico que se abatiría sobre el "Mid West" en caso de que la escasez de combustible originara cortes en el suministro de energía eléctrica (en estos Estados el porcentaje de electricidad que depende del carbón apalachense oscila entre el 60 y el 80 por ciento). Nadie habla de que la intransigencia de la patronal es la causa de que los mineros no quieran regresar al tajo. Pero los mineros no ceden a las presiones y acusan al presidente de su sindicato, Arnold Miller, de dejarse intimidar y traicionar sus intereses en las negociaciones que lleva a cabo con el Bituminous Coal Operators Association (órgano representante de la poderosa patronal del carbón).

Según la reglamentación in-

terna del sindicato es necesario que las bases aprueben, mediante un referéndum, la firma del nuevo convenio. Así las cosas, los días 4 y 5 de marzo los mineros van a las urnas para aprobar o rechazar el contrato negociado por su presidente con el BOCA. Las presiones sobre

subidas de pensiones a los jubilados y derecho a realizar "huelgas salvajes" (1) cuando lo crean conveniente y sin ser sancionados por las empresas.

Ahora, Jimmy Carter, el hombre que subió al poder gracias a los votos de los trabajadores y las minorías raciales y

Estados Unidos

EL DESPERTAR DE LA CLASE OBRERA



Un miembro de la Policía del Estado de Pennsylvania monta guardia ante la central eléctrica de Fenneloc, donde piquetes de mineros en huelga tratan de impedir la llegada de carbón de las minas.

los votantes son fuertes: el presidente del sindicato gasta 40.000 dólares en publicidad favorable al convenio, los "media" continúan extendiendo el fantasma del colapso económico y la Casa Blanca amenaza con invocar el Taft-Hartley Act en caso de resultado negativo. Todo resulta inútil y por la expresiva proporción de 3,5 a 1 los mineros rechazan la firma del nuevo convenio (al que consideran aún peor que el expirado) y la vuelta al trabajo. El convenio no satisface tres de sus más importantes reivindicaciones: amplio seguro de enfermedad,

prometiéndolo, a diestro y siniestro, terminando con la influencia de los "lobbistas" de las grandes empresas en la Casa Blanca, invoca el Taft-Hartley Act, una ley que, traducida al román paladino, obliga a los trabajadores a volver a las minas so pena de verse las caras con la Guardia Nacional (de sangrientos recuerdos para los antiguos detractores de la guerra del Vietnam en Estados como el de Ohio, uno de los más afectados

(1) "Wildcat strikes". Huelgas que no siguen el burocrático y tortuoso camino de una aprobación por parte de la central sindical.

actualmente por la huelga), sufrir elevadas multas e incluso, para los más rebeldes, ir a dar con sus huesos en las "comfortables" cárceles norteamericanas. Podría haber nacionalizado las minas tal y como los mineros pedían caso de no llegarse a un acuerdo entre el sindicato y la patronal; pero claro, esto hubiera resultado insólito en el país de la libre empresa, aunque esté previsto teóricamente por la ley. Por otra parte, los portavoces del capital ya habían empezado a correr la voz de que una nacionalización sería una acción "comunizante", sambenito con el que no está dispuesto a cargar ningún Gobierno norteamericano, por muy defensor de los derechos humanos que pretenda querer ser. El capital prefiere, por supuesto, que el Gobierno obligue a los trabajadores a ir al tajo, estén de acuerdo o no con el salario que reciben. Y el Gobierno oculta su decisión represiva y antidemocrática tras la máscara retórica de que hay mucha inflación y que los mineros ponen en peligro la economía nacional con sus "desmedidas" exigencias salariales. Nadie habla de "desmedidos" dividendos en las empresas, aunque los hay. En España es más sencillo, basta con invocar al manoseado pacto de la Moncloa.

Los trabajadores de las minas, por su parte, dicen que no obedecerán. Retan al defensor mundial de los derechos humanos: "Que nos encarcelen, que la Guardia Nacional se ponga a sacar el carbón de las entrañas de la tierra si sabe cómo hacerlo. Nosotros seguiremos en huelga diga lo que diga el Presidente".

Mientras tanto, el índice de inflación norteamericano bate records todos los meses. La popularidad de Carter baja al mismo tiempo que suben la inflación y el desempleo (este último ronda el 8 por 100, según las siempre benevolentes estadísticas oficiales), y la firme postura de los mineros del carbón pone de manifiesto una vez más que no es tan fácil para el capital domesticar al movimiento obrero, por muy norteamericano que éste sea. Tal vez estamos asistiendo a un despertar del movimiento obrero norteamericano dormido en los laureles del "american way of life" durante años. Despertar que podría producir imprevisibles consecuencias en todo el mundo y que, por supuesto, estaría intrínsecamente conectado con esta última crisis económica del capitalismo de la que ya no se salvan ni los países más ricos del lugar. ■ H. P. P. Y.